

gar por el peso de sus útiles ó equipaje, torcerán el vuelo á otra parte; y si no, oiga usted: en ninguno de los muchos países que he conocido he visto semejante sistema de hacer pagar por el peso de los equipajes, y mas como el mio, que en la actualidad se compone de unas tres docenas de bastidores viejos de madera,, alguna ropa de uso, libros, papeles, y lo único de mas valor, mis estudios de pintura.

—Yo le aseguro á usted, añadí para concluir, que si este sistema se usara en todas las aduanas del mundo, nadie viajaria si no era con las bolsas bien repletas y los adelantos de todo género estarian estancados por la falta de comunicaciones, porque las cinco sextas partes de personas que viajan, no son ricas y si son portadoras de conocimientos útiles que trasportan al país que llegan.

Los empleados me oian y solamente aprobaban con monosílabos ó con movimientos de cabeza; pero no hubo remedio, tuve que aflojar la mosca y sa-

lir de la aduana echando chispas, diciendo entre mí: ¡vaya un recibimiento que me hace hoy Colombia!

Debes pensar conmigo, amiga mia, que además de las dificultades naturales que impiden visitar la República de Colombia, los gobiernos crían otras acaso mas inaccesibles con sus pésimas leyes, que son causa de que espanten á los extranjeros que pudieran dejar al país su contingente de conocimientos.

Si no hubiera llevado conmigo mas dinero que el estrictamente necesario para llegar á Bogotá, sin hacer cuenta de los setenta y cinco pesos del equipaje, no podria entrar al país, ni ménos realizar los deseos que me llevan de hacer adelantar á mis discípulos en el arte, ni tampoco llevar á cabo el loable proyecto de fundar la Academia de pintura que quede definitivamente establecida en la capital.

Véase por este pequeño ejemplo de los grandes bienes de que se privará un país, en mayor escala, con las trabas que imponen algunas leyes poco pre-

meditadas, impidiendo la libre entrada de extranjeros portadores de diversos ramos.

En fin, María, no teniendo que añadir mas á lo referido, termino la presente, ofreciendo escribirte á mi llegada á Bogotá para contarte las cosas mas notables, ó las mejoras que se hayan operado en los cinco años que estuve ausente. Adios.

Bogotá, Mayo 2 de 1880.

MARIA QUERIDA:

Hace tres dias que entré por segunda vez á esta ciudad, acaeciéndome en el camino casi las mismas peripecias que en la primera, al grado de arrepentirme mas de tres ocasiones de haber vuelto á emprender esta otra visita al país colombiano.

En mi anterior te conté el incidente que me pasó en la aduana de Barranquilla, con hacerme pagar por el peso de mi equipaje; pues bien, esta es poca cosa al lado de lo que me aconteció

después y que inmediatamente paso á referirte.

Ya hice mencion en una de las cartas de mi primer viaje á este país, lo penosa que es la navegacion del Magdalena y de los peligros de que está rodeada; plegue á Dios que aún así pueda conservarse mucho tiempo; pero según la opinion de hombres conocedores de ese río, la navegacion no puede ser muy duradera á causa de los constantes aluviones de arena, troncos de árbol y otros estorbos que hacen extender sus riberas que, por consiguiente, cambian con frecuencia el cauce y es ocasion de que los vapores se varen, así como de que formen multitud de playas extensas que efectúan la evaporacion de las aguas en grande escala y demora la salida ó el paso de aquellos hasta de meses enteros, esperando los pobres pasajeros, en medio de un calor tropical, envueltos en una plaga de zancudos, una corriente salvadora que los saque á flote y puedan continuar su viaje.

Se cree generalmente que á la vuelta

de cincuenta años, el único camino natural que conduce al interior del país, habrá desaparecido para los vapores, volviendo nuevamente esa terrible navegacion de los *champanes* con todo su cortejo de peligros, demoras y penalidades, y entónces, el progreso de Colombia será mas lento, si no es que retrograda completamente; á no ser que la Capital se traslade á algun punto de la costa, se le dé entrada y salida al comercio por el Orinoco en Venezuela, ó se establezca definitivamente el ferrocarril por el *Carare*.

Continúemos mi relacion de viaje:

Tomé, pues, mi pasaje (qué casualidad! en el "Colombia," en el mismo vapor en que hice mi primer viaje á este país, no olvidando al verificarlo, lo mal que nos fué en él á los pasajeros de esa época; pero dije para mí: puede que hoy sea otra cosa.

Hicimos un viaje rápido y feliz hasta Conejo, por donde pasábamos á las cinco de la tarde, contando con llegar á Honda á otro dia por la mañana, ter-

minando un viaje de ocho días en lugar de nueve, todos los pasajeros íbamos contentísimos de haber caminado tan rápidamente, cuando ¡oh desgracia! al pasar, como dije antes, frente al pueblecito de Conejo, apareció instantáneamente un correo, portador de una carta del agente del vapor, residente en Honda, dirigida al capitán, ordenándole que se detuviera allí.

Paró el «Colombia», y recibió y leyó el capitán la carta, é inmediatamente suspendió el viaje hasta nueva orden.

Considera, María, cómo quedaríamos todos con semejante determinación, contando como contábamos, con llegar al otro día al término de la navegación.

Reclamamos al capitán y nos contestó, «que el agente había dispuesto, que el «Colombia» se detuviera en Conejo, porque siendo grande y llevando mucha carga, no había la suficiente aguada río arriba, para poder llegar á Honda, pero que al otro día llegaba un vapor más pequeño para trasbordar á los pasajeros.»

Con estas palabras quedamos algún tanto conformes, porque si no llegábamos al término del viaje á otro día sábado por la mañana, llegaríamos en la tarde.

¡Vanas fueron nuestras esperanzas! pasó todo el sábado y no pareció el buque que nos debía trasportar; siguió el Domingo, y nada; entónces, en vez de seguir adelante, dispuso el capitán retroceder á *Nare*, jornada y media de allí, alegando el capitán, «que el agua del río iba minorando, y se exponía á no poder sacar el «Colombia» de aquel lugar, que al fin, añadía, el otro buque debía llegar de un momento á otro, y lo mismo era esperarlo en aquel lugar que alcanzarnos ó esperarlo en *Nare*.»

¡Considera, amiga mía, la desesperación que nos causaría, vernos bogando en retroceso, cuando esperábamos estar llegando á Bogotá, precisamente á la hora que retrocedíamos!

Al tercer día llegamos á *Nare*, y al í, en medio de ese calor tropical y respirando sus miasmas deletéreos, perma-